

FRANCISCO BESCÓS



EL PORQUÉ
DEL COLOR ROJO

El porqué del color rojo

FRANCISCO BESCÓS

El porqué
del color rojo

saltodepágina > 91

SEGUNDA EDICIÓN

© Francisco Bescós Menéndez de la Granada, 2018, 2022

© Malpaso Holdings S.L., 2022

C/ Diputació, 327, principal 1.^a

08009 Barcelona

www.malpasoycia.com

ISBN: 978-84-19154-20-0

Segunda edición: septiembre, 2022

Maquetación: Joan Edo

Diseño de cubierta: Carola Schon para Ezequiel Cafaro Studio

Producción del ePub: booqlab

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

A mi madre, más Grande aún

Día cero

20:00

Madrid es una buena ciudad para las cucarachas. El coronel Adolfo García se pregunta cuántos de estos insectos desfilarán ahora mismo tras las molduras de escayola de la cafetería en la que se encuentra. Si son capaces de hallar alimento en cualquier yermo, más aún en un local tan elegante como este: restos de comida, silicona para sellar el alicatado, pegamento para arreglar jarrones chinos, lascas de piel de octogenarios, pelo desprendido de visones de diez mil euros, pañuelos de papel rociados con estornudos en el fondo del paragüero y sabe dios cuántas delicias más para un paladar tan exquisito como el de la cucaracha madrileña. En verano el calor las hace salir. Obliga a los viejos camareros de pajarita (esos que parece que solo sobreviven en la capital) a perseguirlas con un periódico enrollado. Cualquier cosa antes de que un cliente las vea. Ahora que empieza el otoño, regresan a sus escondites recónditos: la caldera de carbón, la campana extractora, la cisterna del retrete, el falso techo, las tapicerías, el parqué flotante. Todo está lleno de cucarachas. No hay insecticida para tanta cucaracha. No hay balas ni Cetmes para tanta cucaracha.

El coronel García lanza una mirada en derredor para despreciar cuanto ve: el terciopelo, las ancianas señoriales que meriendan su chocolate, los cuadros cinegéticos... Lleva frecuentado esta cafetería años y nunca la había encontrado tan rancia. Siempre había pensado que era el tipo de local adecuado para él, un hombre clásico que se viste por los pies. El típico refugio decadente para el nostálgico vecino del barrio de Salamanca. Madrid. España. Sin embargo, hoy

no reconoce su refugio, quizá porque no se reconoce a sí mismo. Su mirada se detiene una vez más en ese espejo que hay tras la barra. Se encuentra de nuevo frente a frente con su corbata: un trozo de seda azul estampado con una lluvia de graciosos tomatitos. Aún no se la ha quitado. Se la ha dejado puesta desde por la mañana, como un cilicio que estrangula su orgullo, una penitencia para expiar su error.

El coronel García se permite delegar pocas cosas en su vida. El vestuario, cuando no ha de vestir su uniforme de la Guardia Civil, es una de ellas. Mercedes suele escogerle las chaquetas y las corbatas. Él es un hombre recio, un hombre como dios manda, no entiende de modas, no entiende de esas cosas, está bien que su mujer le oriente. Pero esta mañana vio la corbata de los tomatitos sobre la colcha, entre las prendas elegidas para asistir a la comida del general Planas («Sin uniformes, por favor», indicaba la invitación del general). Se quejó a su mujer, diciéndole que iba a parecer un mariposón. «Está muy de moda», respondió Mercedes. «El otro día la llevaba Alfonso Ussía en la televisión». Al coronel García, en ese momento, no le pareció inverosímil que el siempre distinguido Alfonso Ussía se dejase ver con semejante mariconada. Sin embargo, ahora que vuelve a contemplarse con ella en el espejo, no solo le parece inverosímil, sino una absoluta invención de Mercedes. Pero ya es tarde. La mención al escritor fue suficiente para que García aceptase el nudo Windsor alrededor de su cuello.

«Bonita corbata, Adolfo», le dijo Planas a García al saludarlo con una sonrisa en los labios. «Pásate por la cocina a que te den aceite y sal y nos la comemos de entrante». Que Planas sea un superior no hace sus bromas más graciosas que las del resto de la gente. Y, para García, las bromas del resto de la gente nunca tienen ni puta gracia. Tras fingir (con su absoluta falta de talento para fingir) una carcajada, afirmó: «Alfonso Ussía la tiene igual». A lo que el general respondió: «Buen tipo, Alfonso Ussía, le conocí el otro día en... Perdona, que está aquí el coronel Serna. Voy a saludarle». Durante la agradable comida no se volvió a mencionar la corbata ni a Alfonso Ussía. Pero ya no importaba, el ánimo de García se había hundido.

Planas había invitado a su casa a varios altos mandos del cuerpo, una comida de hermanamiento, la llamó él. El general, con una impecable corbata

de rayas oscuras, hacía lo que mejor sabía hacer: hablar con todos, relatar anécdotas, lucir sus extraordinarias aptitudes para contar un chiste sin perder un ápice de dignidad. «Política», se dijo García, quien hubiera preferido que le sometieran a una buena ración de patadas en los cojones con un zapato puntiagudo antes que pasar tres minutos más rodeado de todos aquellos cantamañanas. Nunca ha sido, García, de comidas de hermanamiento ni de meriendas en torno a un brasero. En esas reuniones solo encuentra podredumbre, corrupción, charla vacua y peloteo.

García ha honrado el lema «Todo por la patria» más que cualquiera de los lameculos que este mediodía llenaban sus estómagos en casa del general Planas. En la historia de la Guardia Civil no ha habido juramento de bandera más sincero que el suyo. Y, sin embargo, por carecer de esa cualidad que el general Planas sí posee, la destreza política, ahora él está por debajo en el escalafón.

Pensando en esto, sentado a la mesa del general, los hubiera enviado a todos a tomar por el culo. No: los hubiera enviado a todos al norte, donde él desempeñó sus servicios tanto tiempo, Cetme en mano, domingos de encierro y miradas bajo el coche todos y cada uno de los días de su vida. Los hubiera enviado a todos allí, a aprender que por España se arriesga la vida, a aprender que las cosas no son como se pintan en los ministerios de Madrid, a aprender qué se siente cuando una pintada en la pared te convierte en blanco.

Que les follen a todos ellos, que sorben las putas ostras bañadas en limón del general Planas. García había tirado la toalla tiempo atrás. Le había importado una mierda que su carrera se quedase estancada. El problema, el motivo por el que hoy ha tenido que soportar una comida en compañía de tanto gilipollas, ataviado con una corbata de tomatitos y haciendo esfuerzos por halagar al general, tiene nombre: Francisco Javier García, su hijo.

¿Qué hizo él para que el niño le saliera tan tonto? Mercedes dice que pasar la infancia encerrado en una casa cuartel guipuzcoana no debió ayudar mucho al desarrollo psicológico de Francisco Javier. Pobrecito, mi niño, marginado por ser hijo de *txakurra*. A Mercedes le gusta el reproche. No entiende que ahora puede vivir en la casa en que vive gracias a las compensaciones que se ingresaron por exponer el culo en el norte. Un premio a tanta noche sin dormir, a tanta pesadilla. García trabajaba mucho en aquellos tiempos; de

hecho, en aquellos tiempos era difícil distinguir el trabajo del resto de la vida. Trabajaba tanto que no se dio cuenta de lo de los porros hasta cuando ya se había convertido en un problema. Francisco Javier tenía solo catorce años. «¿Quién cojones te pasa esta mierda? ¿Eres drogadicto? Tú lo sabías, Mercedes ¿verdad?». «Tranquilo, Alfredo, no te pierdas, por Dios, que solo es un crío». «¿Un crío? ¿Sabes qué edad tenía el muchacho al que hemos metido hoy a interrogar? ¿Sabes lo que llevaba en la mochila?». A pesar de todo, aquello resultó bastante soportable.

Otra cosa fue cuando en la mesilla de noche del muchacho, a los quince años, apareció un mechero con la inscripción «Jotake» y un folleto con el membrete de la serpiente y el hacha. Aquello no tuvo ni puta gracia. Ni el castigo, tampoco. Lo primero que hizo fue llevarse al chico al anatómico forense; allí le obligó a ver los restos aún calientes de la víctima de un tiro en la nuca. Por si la lección no se le quedaba bien grabada en el alma, la repasaron a bofetadas durante toda la tarde. Por la noche a García ya le dolía la mano y el espíritu de todas las hostias que le había dado al chaval; se sirvió una copa de brandi y se sentó en la cocina de su apartamento de la casa cuartel. Entonces se dio cuenta: aquello era un aviso. Al niño le importaba una mierda la lucha de eta, la independencia de Euskadi o la condición de los presos. El niño quería joderle. Solo joderle. A él. A su padre. Pero, ¿por qué? «Porque no estás», pronunció Mercedes, robándole de sus propios pensamientos una respuesta que él ya conocía.

Así que, a partir de entonces, estuvo. En primer lugar, hizo prevalecer todas sus prerrogativas por haber pasado tantos años cerca del plomo. Escogió cambio de destino: Soria, su localidad natal. Allí se propuso conocer bien a su hijo. Le sacó una licencia de caza y ambos disfrutaron de largos fines de semana disparando contra venados y jabalíes. Durante las noches, en la fonda, cerca del fuego, se sinceraban. García le contaba, como si fueran divertidas anécdotas, momentos en que su vida había corrido peligro: intervenciones arma en mano, controles de carretera en que se sale picando rueda, ataques con granadas contra el cuartel... Al chaval le emocionaban esas historias. Estaban llenando el vaso de una distorsionada vocación, que tenía más que ver con las películas de Chuck Norris que con el servicio al ciudadano. Por su parte, Francisco Javier

reconoció que había llegado a participar en alguna manifestación en Donosti, que había lanzado piedras contra los *beltzas* y había ayudado a quemar un cajero. García escuchó asombrado que los amigos de su hijo no sabían que, después de todo el jaleo, tomaba un autobús al pueblo y se iba a dormir a la casa cuartel, y no precisamente al calabozo. «¿Crees que me habrían hecho algo si llegan a enterarse?». «Creo que lo que hiciste no fue demasiado inteligente. Pero ya pasó».

Francisco Javier entró en el Cuerpo en el 93, siendo aún muy joven. Ingresó a la academia de polillas, como se les llama a los hijos de los guardias civiles. Su padre, que por entonces había vuelto al norte, atraído por la enfermiza llamada del riesgo, o por la necesidad de ocupar el puesto de macho alfa en un terreno conocido, le sacó de varios líos disciplinarios. Ni las drogas ni la ideología eran ya un problema, pero Francisco Javier tenía dificultades para reprimir su ira. Y eso, cuando se trabaja con pistolas, supone un serio inconveniente.

En la actualidad, Francisco Javier tiene rango de teniente (en proceso de obtener los galones de capitán). Ha estado implicado en varias colisiones con coches del Cuerpo, en amenazas a otros conductores o viandantes, en denuncias por abuso con violencia y en un misterioso balazo en el pie que sufrió un subordinado. Hace cuatro años recibió su último expediente disciplinario: sacó su pistola en una boda y amenazó al pinchadiscos con que lo mataba si no ponía inmediatamente una de José Luis Rodríguez El Puma. La cosa no habría ido a mayores si no se hubiera tratado de la boda del hijo de un comandante de la uco. Se habló del tema y trascendió: «El chico del García está como una puta cabra, tú». Esto acabó con los planes de su padre de colocar a Francisco Javier en un destino tranquilo y manejable, alejado de las miradas de los superiores y de la burocracia central.

Había surgido la oportunidad de que Francisco Javier ocupase el cargo de responsable de la casa cuartel de Calahorra, un cuartel fácil y apartado, en el que sus salidas de tono no tendrían repercusión. Sin embargo, lo de la boda había enviado esos planes al carajo. Y, para más inri, el puesto se lo había llevado la teniente Lucía Utrera, una jodida traidora. Esa maldita gorda había estado a las órdenes del coronel en aquellos años del Norte. Había resultado ser

un dolor de huevos permanente. La decisión era humillante. Había que revertirlo todo.

Así que, mientras el chico se saca la oposición a capitán, el padre le hace la pelota al general Planas para que se reconsidere lo de Calahorra. A fin de cuentas, la casa cuartel de aquella ciudad riojana siempre ha estado comandada por un capitán. Solo la carestía de medios hace que una teniente de la policía judicial esté actualmente al mando.

El coronel mira una vez más su corbata de tomatitos. Y de pronto siente que no se merece cargar con semejante cruz. No, bastante ha hecho por los demás. Se deshace el nudo y se arranca la corbata. Apura la copa de brandi, la segunda de la tarde.

—¿Qué le debo?

—Tres cincuenta.

—¿Sabe lo que me debe usted a mí?

—¿Perdón?

—Nada, nada. Solo era una broma.

El coronel García experimenta un repentino cambio de humor. Se siente de pronto extático, seguro de lo fácil que lo tiene, a pesar de las corbatas equivocadas y de su nulo talento para el arribismo. Si el niño no le falla, pronto escalará en el rango. Él hará su parte: le conseguirá Calahorra. No es que aquella localidad importe más que otras. Pero dársela a su hijo es la forma de deshacer la humillación que el nombramiento de la teniente Utrera le ha infligido. Pronto, esa gorda cordobesa se convertirá en una subordinada de su hijo. Una más a la que hacerle la vida imposible. Porque tiene cojones que una traidora como ella, que flaquea en los momentos más inoportunos, que naufraga en un mar de nervios y sensiblería, pase por encima de él, el coronel García, que tanto ha hecho por el Cuerpo, la patria y el ciudadano.

El coronel arroja la corbata de tomatitos al paragüero cuando sale de la cafetería. Se enciende un cigarro y echa a andar hacia casa. El alcohol de los dos brandis endurece los veredictos de tantos juicios que ahora mismo cruzan su cabeza: la teniente Lucía Utrera, el general Planas, Mercedes, la casa cuartel de Calahorra, el Cuerpo, los vascos, los españoles, la patria, el mundo, «No saben lo que me deben». No, no lo saben.

Aunque alguno sí. Hay quien sí lo sabe. Hay quien no olvida sus deudas. Como esa persona que sale al paso del coronel, surgida de la oscura rampa de un garaje. Y comienza a seguirle. El coronel hace tiempo que perdió la costumbre de mirar a sus espaldas cuando camina por la calle. Cosas de los tiempos de paz. Aun así, la persona mantiene la distancia. Sabe que el coronel va armado porque los hombres como él van armados y porque la protuberancia en su chaqueta, bajo la axila, confirma que sí, que va armado. El coronel se detiene ante un enorme y desierto portal barroco. Una entrada a un edificio majestuoso, pero apenas iluminada, porque, vaya por Dios, justo esta semana se han fundido cuatro fluorescentes a la vez y al conserje aún no le ha dado tiempo de acercarse a la ferretería de la esquina a por recambios. Esto le viene muy bien a la persona. Necesita oscuridad para lo que tiene pensado hacer. También necesita acelerar sus pasos tras el coronel cuando este entra en el portal. La persona estira el pie izquierdo justo a tiempo de evitar que la puerta metálica se cierre. Hacía mucho tiempo que la persona no experimentaba una sensación parecida. Y, aun así, parece que fue ayer la última vez.

Día uno

7:00

Lucía por fin abre los ojos. Se encuentra a sí misma temblando. Es la primera vez que siente frío tras tres meses de verano. La única sensación cálida proviene de un minúsculo punto situado junto a la comisura derecha de su boca: un pequeño brote de saliva que busca el camino más recto hacia la almohada. Pestañea. Se sitúa. Sus neuronas aún juegan con las últimas reminiscencias de lo que estaba soñando: se encontraba allí de nuevo, en el norte, a sus veintiseis años; se bañaba en las aguas heladas del Cantábrico un día nublado; tenía miedo, como todos y cada uno de los minutos que pasó en el norte. En el sueño, se echaba sobre la arena y se encogía tiritando de frío. Y ahora descubre por qué. A su lado, Bernard duerme envuelto en toda la ropa de cama. En algún momento, antes del amanecer, debió de hacer rodar toda su corpulencia hacia el otro extremo del colchón; eso provocó que el cobertor se enroscara en él, dejando a Lucía sin abrigo. Bernard parece una gigantesca bobina de tela propia de la industria textil. Lucía, sin embargo, tiene el pantalón del pijama remangado hasta la rodilla y la camiseta subida a la altura del pecho. La posición fetal no le ha servido para conservar el calor. Su sangre cordobesa, la misma que le ha dotado de esos ojos oscuros, es alérgica al frío.

Sin dudar ni un instante, Lucía le arrea un manotazo en el hombro a su marido.

—Niño, déjame algo de manta, cojones.

Bernard se agita y murmura algo incomprensible en inglés. Luego se voltea y va liberando el cobertor. A su vez, Lucía se acomoda bajo las sábanas. El movimiento de ambos provoca severos crujidos en la estructura de la cama. Entre los dos cuerpos suman una buena cantidad de kilos. No hay colchón de matrimonio que no se deforme bajo el peso de ambos, transcurridos unos meses. Es lo que les ha ocurrido con su nuevo lecho marital, adquirido ex profeso para la vivienda que les ha tocado en el complejo de la nueva casa cuartel, recién construida en Calahorra.

—Esta cama no va a aguantar mucho —se queja él, susurrando en su español de Chelsea.

—Te he dicho que lo mejor es que nos compremos dos individuales.

—No, no. Me niego. Quiero un matrimonio como los de la gente delgada. Y además, estamos a dieta. Vamos a bajar de peso.

Lucía suspira. Bernard lleva varios días sumido en un estado injustificado de preocupación y tristeza. Está segura de que, al igual que ayer, ha tardado horas en dormirse. Ha notado, entre sueños, estremecerse varias veces la cama; eso significa que su marido se ha levantado en mitad de la noche. Bernard pasa por este tipo de períodos con relativa frecuencia. Incluso les ha puesto nombre: *My weak blue weeks*. Tiene una personalidad fuerte, pero eso a veces no es suficiente para evitar que se cuestione el tipo de vida que lleva, un hombre como él, amo de casa, que ha renunciado a una carrera profesional en las letras por seguir los pasos de una funcionaria española. Si uno lo piensa, es lógico que la suma de «decisiones erróneas» que ha tomado en su vida le deprima. Pero Bernard suele encontrar soluciones rápidas para esas temporadas mohínas. Asumir nuevos propósitos y tratar de cumplirlos suele devolverle la alegría. Lo malo viene cuando el propósito consiste en perder kilos. Porque, entonces, fracasa. Y no recupera ni su estado de forma ni su alegría. Y, tras un tremendo efecto rebote, acaba engordando. Y arrastrando en ello a su mujer.

De hecho, es la decimocuarta vez que afrontan juntos una dieta por iniciativa de Bernard. Estos intentos se convierten en una frustrante travesía por el desierto en la que no faltan la ansiedad, las discusiones, la traición y la mentira. Todo por un quítame allá ese Whopper o un puñado más de Lays sabor jamón. Lucía, además, conoce las capacidades físicas de ambos. Bernard

no tiene cuerpo de obeso mórbido, sino de jugador de rugby, segunda línea de la delantera. Un arquetipo corporal difícil de encontrar aquí, en España, pero que abunda en los países anglosajones. Ella, a su vez, pasa con holgura el test diario al que la somete su trabajo. Y lo cierto es que a Lucía (aunque no lo sepa) sus compañeros la apodan la Grande, no le apodan la Gorda, y en ese matiz hay una notable diferencia. En cualquier caso, ella no está lo suficientemente motivada como para afrontar una jornada tacaña en calorías. No cree necesitarlo. Pero Bernard, sí. Y le prometió apoyo en esto: nunca una dieta en solitario.

Suena el despertador. La teniente suelta un me cago en esto. No, no le están tomando el pelo. Son las siete de la mañana, la hora a la que el despertador la devuelve a la realidad todos los días. Bernard también emite un bufido.

—Voy a prepararte el desayuno —dice, secamente. Se levanta de la cama. Abre un resquicio de la persiana y mira a través de él. Descubre una niebla espesa que no permite ni siquiera ver los primeros edificios de la ciudad. Luego pone rumbo al cuarto de baño.

Lucía se incorpora. Toma el teléfono móvil que siempre deja sobre su mesilla, sin sonido.

—Anda mi madre que...

Tiene doce llamadas perdidas. Entre los mensajes de Whatsapp, uno del cabo Ramírez, acompañado de unas coordenadas que conducen a un terreno cercano a la carretera Ir-115, entre Aldea Nueva de Ebro y Autol: «Buenos días mi teniente. Asesinato. Venga cuanto antes, por favor». Lucía se arroja fuera de la cama. Corre al baño. Se pone el uniforme a toda prisa.

Desde la cocina, Bernard escucha el trote estrepitoso que se desplaza de un lado a otro del pasillo. «Y ahora me despertará a los niños», piensa él, que desearía unos minutos para leer en soledad. Lucía entra en la cocina en el momento en que Bernard coloca sobre la mesa un cuenco lleno de cereales acartonados que se ahogan en leche desnatada.

—¿Qué es eso, niño? —pregunta ella arrugando la nariz.

—Muesli integral. Hoy no hay sobaos.

—Serás cabrón.

—Serás gorda.

7:30

En la niebla, el viñedo parece un cementerio de lápidas de mimbre. Cada vid es un fantasma enmarañado, una criatura que acecha. Planta tras planta, se crean líneas paralelas que se prolongan hasta desvanecerse tragadas por las brumas que escupe el río Ebro.

El cabo Ramírez lamenta no haber sacado ya el jersey de invierno. La temperatura no es tan baja, pero la humedad provoca una sensación térmica difícil de soportar con la camisa de verano. El otoño promete ser casi invernal. A Ramírez solo le queda ocultar la cara en la braga de forro polar que ha encontrado en la guantera y refugiar las manos bajo las axilas. A su espalda, el sargento Campos, con sus aires castrenses, se encarga de impedir que todo se salga de madre. Campos logra que el juez y los del Servicio de Criminalística de Logroño no pregunten más de tres veces por el paradero de la teniente.

—Está ocupándose de un asunto. Mientras, delega en nosotros.

—Pero yo creo que ella debería... —ha empezado a decir una suboficial del secrim.

—Que ahora viene, coño —ha interrumpido Campos.

Entonces el sargento ha enviado a Ramírez a esperar a la teniente en la carretera que marca el límite del viñedo.

—No sea que se pase de largo y tarde media hora más. Y trata de llamarla cada poco, hasta que la localices —ha ordenado Campos.

—A sus órdenes, mi sargento.

Ramírez ha partido del punto donde se ha hallado el cadáver (sentado en una piedra, la espalda apoyada en un árbol). Ha enfilado una de las calles que forman las espalderas a las que trepan las vides, atravesando jirones de niebla. En el trayecto ha podido ver con sus propios ojos la mancha oscura que la tierra ha ido absorbiendo: el cordón de sangre que ha conducido a los del secrim hasta el punto exacto en el que la víctima recibió el golpe mortal. Allí también trabaja un agente de pijama blanco, camuflado en la niebla. Ramírez

ha aprovechado el paseo para abrir bien los ojos, tratando de dar con huellas claras, herramientas perdidas, cualquier cosa que pueda parecerse remotamente a una pista. No ha encontrado nada. Y ahora espera junto a la cuneta de la carretera a que llegue la teniente. Mira el reloj. Son las 7:30. Desde donde se encuentra puede escuchar el murmullo del tráfico desgastando el pavimento de la ap-68. Luego, un ronroneo se separa de ese murmullo y va cobrando intensidad. El Nissan Pathfinder del cuerpo aparece tras una curva. Lleva buen ritmo. Parece que han sabido transmitirle a su superior la urgencia de la situación.

Ramírez ocupa el centro de la calzada. Alza los brazos y los agita para llamar la atención de la teniente, no sea que por culpa de la niebla acabe bajo las ruedas del coche. Su figura larga y las extremidades en movimiento le dan aires de aerogenerador. El Pathfinder responde con una ráfaga de luces. Aminora la velocidad hasta detenerse en el arcén. La Grande asoma la cabeza.

—Ramírez, dime que los de Logroño se van a hacer cargo de esto —lo expresa como una súplica; y unas serias ojeras, propias de quien no ha dormido bien, o de quien no ha conseguido despertar bien, o de quien no ha comido bien, acentúan su aspecto de san bernardo hambriento.

—Buenos días, mi teniente. Pues parece que, bueno, el juez ha hablado con los de la Unidad Orgánica de la Policía Judicial de Logroño y entre todos se han puesto de acuerdo. Como hace un par de años solucionamos con éxito aquello de la niña, pues que para qué vamos a molestar a los de allí. Nos dan un poco de apoyo de criminalística y fuera.

La Grande aún no ha separado las manos del volante, como si la pregunta que ha hecho fuera a darle la posibilidad de escapar de allí sin ni siquiera tener que bajarse del vehículo. Suspira y deja caer la cabeza hacia atrás. Finalmente se apea y cierra la puerta.

—¿Y de pronto se acuerdan ahora de lo del crimen de Nuria Isabel? Fue hace cuatro años.

—Mi teniente, si me da usted permiso para sospechar... —Sospecha, niño, que para eso cobras.

—Por el aspecto y la vestimenta, la víctima es un inmigrante de Europa del Este. Posiblemente gitano, y...

—¿Somos especialistas en etnia gitana?

—Lo que quiero decir es que a los de la uopj ha debido de darles pereza. Mucho trabajo y poca gloria.

—Sé perfectamente lo que has querido decir. Y sospecho, si me permites sospechar a mí también, que tienes toda la razón. Habrá que tomárselo como un cumplido; quizá se crean que para nosotros es una especie de premio o así.

Ramírez se encomienda a la diosa fortuna antes de llevar la contraria a su teniente.

—Bueno, mi teniente. Para mí ya sabe que un caso como este siempre es una motivación.

Lucía se yergue. No es un buen día para que un soldadito patoso, largo y delgado como una culebrilla le toque los cojones.

—Coño, me alegro, cabo —y empieza a tratarle de usted, que es lo que hace con Ramírez cuando quiere que se calle—. Porque le voy a hacer trabajar en el caso hasta que sangre por el cuero cabelludo de tanto pensar la solución.

Salvan el desnivel que separa carretera y viñado. Saltan un cercado bajo. Ramírez indica el camino.

—¿Has probado alguna vez el muesli, niño? —La Grande, que vuelve a tratarle de tú y a llamarle «niño», pues es lo que hace cuando quiere martirizarlo.

—No, mi teniente.

—Pues no lo hagas. Es una puta mierda, el muesli. Es como si vaciases el contenido del triturador de papel en un bol y te lo comieses con leche. Con leche desnatada, por supuesto, que es agua teñida de blanco. Pues eso es el puto muesli. Intentan darle algo de sabor añadiendo pasas, lo cual sería una buena idea si no fuera porque no encuentras más que una mierda de pasa en cada quinientos kilos de cereal. Muesli. Es muy saludable para el cuerpo. Y, para el alma, ni te cuento.

Ramírez reprime un gesto de nerviosismo. «Dieta. ¡Oh, no! Dieta, no, por favor», se dice, alarmado. Para intentar desviar el tema de conversación, empieza a dar datos sobre el caso.

—Es un chaval joven. No lleva la documentación, por supuesto. Por la pinta, ha muerto desangrado. Desde donde he podido verlo, parece que lleva

un corte en el cuello.

—¿Quién lo encontró?

—Una llamada anónima avisó al puesto. Quien llamó tenía acento del este.

El juez está por aquí.

—¿Quién?

—El juez.

—¿Me tomas el pelo? ¿Ha venido? ¿Y tan temprano? ¿No hay pesca en algún sitio?

—En septiembre, no, mi teniente. Ha preguntado por usted.

—Bueno, ya lo manejaremos.

La Grande examina el terreno superficialmente. Localiza objetos, todos ellos semienterrados en la tierra roja, que pueden tener que ver con el caso o pueden no tener nada que ver: un guante de jardinería, un mango de madera astillada, un cordón de zapato colgando del sarmiento. Pero lo que más le llama la atención son las uvas. Racimos rebosantes de glóbulos púrpura, hinchados, como a punto de reventar y derramar su zumo cargado de azúcar.

—¿Te has fijado, Ramírez, en lo hermosas que están las uvas?

—¿Quiere usted un racimo, mi teniente?

La Grande se detiene.

—¿Qué insinúas? ¿Que estoy hambrienta?

Ramírez traga saliva. Y la traga. Y la vuelve a tragar. —No quiero un racimo —sigue la teniente—, lo que quiero es saber por qué no hay nadie recogéndola.

—Bueno... Mi teniente... Lo del asesinato...

—No seas lelo, niño. Los viticultores, otra cosa no, pero a la uva la tratan mejor que a sus hijas. Tienen un período limitado de tiempo para vendimiar antes de que se les pase la fruta en la rama. Y además, el parte meteorológico amenaza lluvia, lo cual destrozará la cosecha. Lo normal sería que en la carretera hubiera una cuadrilla esperando a que nos fuéramos para empezar a trabajar. Y no hay nadie. ¿Lo ves, corazón?

Se acercan cuanto pueden al árbol bajo el que aguarda la víctima. Ramírez vuelve a contemplar al chaval. Jovencísimo. Tez oscura de esas que te condena a la miseria. Una gorra blanca aún en la cabeza. Viste como diez capas de ropa. A

Ramírez le llama la atención su postura. El cuerpo apoyado con dignidad en el árbol. El brazo derecho como el péndulo de un reloj. La cabeza descansando sobre el hombro. El rostro apacible. Le recuerda la pose de *La muerte de Marat*, el cuadro de David que hace poco ha tenido que analizar para la asignatura Fundamentos de Historia del Arte III. Ramírez se ha matriculado en Magisterio por la UNED. Su rápido ascenso a cabo se ha producido (él lo sabe) gracias a la recomendación de la teniente. Pero si quiere llegar a oficial, necesita estudios universitarios. Cuando era más joven, no tenía dinero para ir a la universidad: o eso, o la oposición al Cuerpo. Ahora tiene dinero, pero no tiene tiempo. Perra suerte. Así que estudia por las noches y patrulla, al noble servicio del ciudadano, durante el día. A veces relaciona lo que ve con asuntos que acaba de descubrir en los libros. El gesto de este muchacho, henchido de orgullo póstumo, habría sido un buen modelo para Jacques-Louis David. Por lo demás, tras el árbol hay un punto en el que la alambrada ha caído por culpa de un poste roto; también hay una carretilla boca abajo, con las ruedas pinchadas y el platón cubierto de óxido. Solo unos rosales floridos, cuya función en un viñedo es alertar de la presencia del hongo del oídio, parecen querer llevar la contraria a toda la muerte que se respira en la mañana.

Campos se acerca a la teniente y al cabo. La niebla le impide usar hoy sus gafas de espejo. Saluda a la Grande llevándose los dedos a la visera de la gorra.

—Buenos días mi teniente. El forense dice que...

—No me digas que he llegado más tarde que el doctor Cordón.

A Campos la turbación se le nota más que a nadie en el universo.

—Mi teniente, no la localizábamos, y...

—Ya, imagino. ¿Qué es lo que dice el doctor?

—Pues a falta de que le hagan más pruebas en el Anatómico Forense, se ve bastante seguro como para afirmar que el chico lleva muerto pocas horas y que le dieron un golpe en el cuello con un objeto contundente y filoso. Un hacha, una pala, un azadón... Se ha desangrado. Según los del secrim, el chico llegó andando por su propio pie desde el punto donde recibió el golpe hasta el árbol. El doctor Cordón no se explica cómo lo consiguió.

—¿Y dónde está el Truchas? ¿No me habéis dicho que ya andaba por aquí?

—¿El juez Martos? Hablando por el móvil en su coche. ¿No escucha usted las carcajadas?

—Escucho, escucho. Lo que me faltaba. El Truchas aquí de risas con el Rosarios.

—El doctor Cerdón no es muy de reírse con el juez Martos, mi teniente.

—Cállese, Campos. Y la próxima vez que ocurra algo así, envíe a alguien a buscarme a mi casa. Joder, que vivo a cinco metros del puesto. ¿No se le ha ocurrido que podría tener el teléfono desconectado?

La teniente arranca a caminar. Se dirige hacia el forense por la zona acordonada. Campos queda compungido en compañía de Ramírez.

—¿Pero qué mosca le ha picado?

—Lo siento, mi sargento. No he podido avisarle antes: dieta.

—¿Dieta?

—Dieta.

Campos levanta la vista al cielo, en una plegaria desesperada.

Lucía se acerca al doctor Cerdón. Hombre pequeño, calvo, con algo de pelo muy negro en las sienes.

—Buenos días. Ha llegado muy rápido hoy, doctor Cerdón —saluda Lucía.

—Buenos días, mi teniente —responde este con una sonrisa poco natural, como si unos garfios le obligasen a estirar los labios—. Justo salía de una vela al Santísimo.

—¿Está usted muy cansado?

—En absoluto —dice, tratando de contradecir sus enrojecidos ojos—. De una vela uno sale fortalecido. Debería acompañarme un día. Yo la llamo y le doy la hora que le toca. Y listo.

Hay cosas curiosas en la profesión, piensa Lucía. Le hace gracia descubrir cómo las mentes de quienes le rodean se protegen de toda manifestación del horror. En la violencia que constituye el día a día de un médico forense, cualquiera habría encontrado motivos para renegar de un creador. Sin embargo, para el doctor Cerdón, toda esa maldad provoca la necesidad de agarrarse a la bondad de Dios con todas sus fuerzas y de no cuestionarla lo más mínimo. Por eso lo llaman el Rosarios. No pierde una misa ni una oportunidad

para el apostolado. Está tan acostumbrado a que rechacen sus invitaciones (a rezar, a presenciar novenas, a asistir a retiros espirituales...), que ni siquiera se ofende cuando Lucía cambia de tema.

—¿Qué es eso de que no se explica que la víctima haya llegado hasta aquí?

—Bueno, le han dado un golpe fuerte y ha perdido sangre a chorros, pobre criatura. Debería haberse desmayado en el trayecto. Se taponó la herida con la mano izquierda, pero de poco le sirvió, solo para manchársela de sangre. Demostró mucha fuerza de espíritu.

—¿Para morir sentado bajo un árbol?

—Nunca sabremos qué esperaba. Quizá era lo más parecido al techo de su hogar que encontró alrededor.

—Dudo mucho que este muchacho haya tenido algo a lo que llamar hogar en su vida.

Suena una risa lejana entre los jirones de niebla y los sarmientos. El Truchas ha descendido de su coche, allí, a unos setenta metros de distancia. Sin embargo, aún habla por el móvil. El Truchas cuenta con el don de la inoportunidad.

—¿Por qué se taponó la herida con la izquierda? ¿Era zurdo? —preguntó Lucía al doctor Córdón.

—No puedo asegurarlo porque no lo conocía. Pero creo que no, creo que era diestro. Con la derecha sujetaba el corquete.

—¿El qué?

—El corquete. Los de la científica se lo enseñarán, ya les he dado permiso para recogerlo. ¿No sabe lo que es? Una especie de hoz, pequeñita, para vendimiar. Ya casi nadie los utiliza, solo los braceros más ancianos, que están acostumbrados. Ahora los racimos se cortan con tijeras. A saber por qué este chico tenía uno.

—¿Pudo el corquete causarle la muerte?

—Hubiera podido, pero no lo hizo. No. Demasiado ligero. El corquete le habría rebanado la garganta limpiamente, como una navaja. Pero aquí hay un traumatismo muy fuerte. Lo que le pegó en el cuello a este chico fue un objeto pesado. Un hacha, un...

—Azadón, una pala. Sí, me lo han explicado.

—Cuando hagamos la autopsia en Logroño podremos precisarlo.

Mientras hablan, se acerca el teniente Paredes, de la Policía Judicial de Logroño, que ha estado supervisando al Servicio de Criminalística. Paredes es un soberbio profesional. De tanto entornar la vista en busca de indicios, se le han quedado los ojos rasgados. A pesar de ello, Lucía no cree que vaya a desempeñarse con las mismas ganas que en otras ocasiones, teniendo en cuenta que el caso no lo van a llevar ellos.

—¿Están hablando del corquete? —dice Paredes, sin saludar, pues no acostumbra a ello—. Lo tenemos ya empaquetado. Como no llegabas.

—Tenía un asunto.

—¿Qué asunto tiene uno a las siete de la mañana?

—Pues igual he estado comiendo bollos suizos, mi teniente. A ti qué coño te importa. ¿También te vas a meter con mi gordura?

La sorpresa empuja a Paredes a dibujar un poblado arco de medio punto con sus gruesas cejas. Conoce a la teniente Utrera desde hace unos años, la ha visto con cierta frecuencia. Sabía del cinismo ácido de la teniente, pero nunca había presenciado esa agresividad. Paredes intenta balbucear una respuesta, pero no sabe cuál: ¿Un contraataque? ¿Una disculpa? Finalmente, el doctor Cerdón resuelve.

—Usted no está gorda, mi teniente. Solo es corpulenta.

La Grande medita solo un instante. Y le es suficiente para que por su cabeza crucen todas las oportunidades de estar callada que perdió en su vida.

—Gracias, doctor Cerdón —dice, inventándose una sonrisa—. Discúlpame, Paredes. He sido muy grosera. Por favor, no me lo tengas en cuenta.

Paredes asiente tímidamente.

—Disculpas... aceptadas.

Otra carcajada del juez Martos les alcanza desde la lejanía. Debe estar repasando un libro de chistes de Lepe, el juez Martos.

—Lo del corquete —continúa Paredes— prueba que la víctima se defendió. Está ensangrentado. El chico logró una estocada antes de morir.

—¿Algo más que nos pueda ayudar?

—Huellas frescas por todas partes y de todo tipo de calzado, sobre todo deportivo. Es como si un grupo de personas hubiera llegado hasta mitad del viñedo, desde la carretera, y luego se hubiera dado la vuelta repentinamente.

—Una cuadrilla de vendimiadores, probablemente extranjeros. Habrán venido para recoger la uva, se habrán topado de narices con el cadáver y habrán salido por patas para no meterse en líos. La llamada anónima será de alguno de ellos.

—A esa misma conclusión hemos llegado nosotros.

—¿Y marcas de neumático en la carretera?

—No.

—Campos, acérquese —ordena la Grande—. ¿Algo con lo que podamos identificar a la víctima?

—No hay documentos, no hay tatuajes. Nada.

La Grande observa el cadáver, su ropa de beneficencia, su calzado barato y, aun así, su rostro plácido, como de haber muerto sin miedo, o como si le hubiera dado tiempo de rezar a un Dios en el que realmente confiaba.

—Si un emigrante no lleva los documentos encima, hay dos posibilidades, o es un ilegal y no los tiene, o sí los tiene pero se los ha quitado alguien que lo está explotando.

—Hace mucho tiempo que no hay problemas con las mafias de temporeros en la vendimia —apunta Campos—. Los propietarios aprendieron a no confiar en intermediarios desaprensivos, a base de multas de seis mil euros por cada irregular.

—Ya lo sé, Campos, pero aquí hay un muerto indocumentado, con aspecto de gitano rumano y, si miras a tu alrededor, lo único que encontrarás es viña y viña y viña y viña. Es decir, yo no veo ningún semáforo en el que pedir limosna a cambio de limpiar un parabrisas. Y además, parece que el... ¿croquete?

—Corquete.

—Eso. Parece que el corquete era suyo, ¿no es así? Un bracero ilegal. Por eso toda la cuadrilla salió corriendo al ver el cadáver. Estaría formada por irregulares. Mientras nosotros estemos cerca, se esconderán.

—Esto nos va a costar trabajo —concluye el sargento.

—Nos va a costar trabajo —bendice ella.

—Habrá que tomarle huellas, moldes de la dentadura... —interviene el doctor Cordón—. Pero eso no garantiza nada, no creo que estuviera registrado en ningún fichero.

Lucía contempla el campo. Las vides, veladas por la bruma, retorcidas sobre sí mismas: nadie diría que se encuentran en su momento de esplendor. La luz tenue transforma los tonos dorados, rojizos y verdes del otoño en una neutralidad grisácea. No se escucha ni un zumbido de algo vivo. Ni un pájaro hace crujir los sarmientos. Tan solo el ronroneo tímido de la lejana ap-68.

—Habrá que hablar con los inspectores de trabajo que est n a cargo de esta zona. También hay que ver a la gente de Cáritas —concluye Lucía—. Ellos son los que se ocupan de asistir a estos pobres desgraciados.  Podemos ir esta tarde?

—Por supuesto.

—Bien. Y averig eme a quién pertenece este viñedo.

Una voz aflautada rompe el silencio que impone la niebla en el campo (el segundo silencio más rígido, después del que impone la nieve).

—No hace falta, teniente Utrera. Yo se lo digo.

Es el juez Martos quien habla. El Truchas. Ha terminado su llamada telefónica y se ha acercado al grupo sin que se dieran cuenta. El juez Martos es un tipo rechoncho y blando, al borde de la jubilación. Según cree Lucía, Martos lo dio todo en la oposición para sacarse la judicatura; tanto que ya no le quedaba nada más que dar en el cerebro, llegado el momento de ejercer. Más de una vez se ha presentado en la escena de un crimen con una cesta de truchas o de lucios o de cangrejos de río. Eso, cuando aparece, porque el absentismo es una de sus dos señas de identidad; la otra es la fea costumbre de decir a todo que sí, sin perder en discusiones ni un solo minuto que podría estar empleando en la pesca. El problema es que, tratando de contentar a todo el mundo, solo logra prorrogar los conflictos.

—Este viñedo pertenece a Bodegas Lafourchette —dice el Truchas.

Bodegas Lafourchette. Lucía las conoce, cómo no. Sus botellas de joven, crianza y reserva se encuentran en todos los supermercados de España y en muchos de Europa.

—Ahora mismo estaba hablando con Pedro María Lafourchette, que también es buen pescador, buen amigo —sigue el juez—. Le he advertido de

que esto le va a traer alguna incomodidad. Pero bueno, tampoco seamos perros de presa, ¿eh, teniente Utrera? Hagámoslo bien, como siempre. Y mano izquierda, por favor, mano izquierda.

Acabáramos, piensa Lucía. El Truchas es amigo de Pedro María Lafourchette, el dueño del viñedo y de la bodega. Probablemente, el empresario habrá reclamado su presencia aquí desde el minuto uno. Por eso el Truchas ha llegado tan temprano, cuando suele ser el último y el más lento. Y por eso, por lo de no ser perros de presa, habrá presionado para que la investigación la lleven los guardias de Calahorra, en lugar de los de Logroño. Muy bonito.

—Claro, señor juez. Por supuesto —responde Lucía; «Ninguno de nosotros cree que el señor Pedro María Lafourchette esté contratando obreros ilegales, uno de los cuales, por cierto, se encuentra de cuerpo presente, con un tajo en el cuello y el alma cruzando de barrio», piensa al mismo tiempo—. Nos vamos a la casa cuartel, Campos. Allí hablamos mejor.

Ya llega la ambulancia que ha de llevarse el cuerpo al Anatómico Forense de Logroño. Lucía abre el paso para recoger el Pathfinder.

—¿Qué coño le pasa? —le pregunta el teniente Paredes, en voz baja a Campos.

—Dieta, mi teniente Paredes. Para ella es como dejar de fumar.

—Dejé de fumar una vez. No me volví un psicópata.

—Quizá es que no fumaba lo suficiente.

8:30

De regreso a la casa cuartel de Calahorra, el Pathfinder de la Grande se queda atascado tras la marcha de cinco tractores. Circulan en fila india, ocupan todo el arcén y casi todo el carril derecho. Uno de ellos arrastra un viejo remolque descascarillado, de los que aún no estaban diseñados para compensar la presión que sufre la uva al amontonarse. Por este motivo, va soltando sobre el asfalto un reguero de mosto; deja una mancha oscura y pegajosa, un festín para los

insectos. En cuanto los tractoristas ven el coche del Cuerpo, cambian su forma de conducir.

Lucía aprovecha la lentitud de la marcha para observar el campo. Todo parece recubierto de una piel leñosa. Como si el paisaje fuera una pintura sobre tabla. En la Rioja Baja, la vendimia comenzó hace una semana. Ella no entiende nada de uva, pero pudo percibir ese extraño nerviosismo capaz de contagiar a todos los vecinos. Aumentaron las intervenciones por despistes (una sartén que se queda en el fuego, un coche que se traga una rotonda), por discusiones a gritos en viviendas, por broncas a puñetazos en plena calle, no tanto en Calahorra, ciudad más verdulera que vinatera, como en el entorno de Aldeanueva de Ebro.

En vísperas de vendimia, viticultores y enólogos se vigilan unos a otros. Son como los leones que persiguen a una presa de gran tamaño y se azuzan para ver quién es el listo que mete la primera dentellada. La uva está a punto de caramelo. Pero, ¿en verdad lo está? Ésa es la cuestión. Si soy el primero en recogerla, ¿me precipito? Si soy el segundo, ¿me retraso? Sin embargo, alguien ha de ponerle el cascabel al gato. Se ve a los responsables de las bodegas deambulando por las viñas, comprobando el azúcar de la uva. Recogen un puñado de frutos. Exprimen su mosto. Lo vierten en el refractómetro, que tiene aspecto de catalejo corto, y lo dirigen al sol, acercando un ojo al visor, como si a pleno día quisieran descubrir un nuevo satélite orbitando la Tierra.

Pero no solo ellos aguardan. También esperan los transportistas, los conductores de tractores, los operadores de las básculas, los técnicos de las bodegas, los químicos y biólogos de los laboratorios, los funcionarios, los inspectores de trabajo, los hosteleros. También esperan los braceros. Braceros que llegan de todas las partes del país o incluso del mundo. Pretenden ganar un dinero a cambio del cual no se les exige referencias ni títulos, ni tan siquiera un pasado. Pero sí un trabajo extremadamente duro.

Una vez se da el pistoletazo de salida, las carreteras de la región se vuelven locas. Remolques que hacen cola para subir a las básculas. Furgonetas que conducen la mano de obra de acá para allá. Pequeños propietarios que tratan de encontrar una bombona de butano en la noche porque una cuadrilla la acaba de agotar y hace frío. Peritos de aseguradoras que tratan de incumplir

promesas. Dueños de bares que rezan para que no haya peleas mientras sintonizan vídeos de electro latino en Sol Música. Ambulancias y coches de la autoridad que intentan que nada se salga de madre.

Los pájaros ocultos entre las vides alzan el vuelo al mismo tiempo, cuando la primera cuadrilla de recolectores enfrenta el viñedo. Los braceros invaden las calles que forman las espalderas. Agachan los riñones, malditas las vides, que no son medio metro más altas. Van seleccionando racimos, los cortan, los echan al capazo. Una vez lleno, el cesto pesa más que sus blasfemias. Se lo suben al hombro. Allí se hunde en la clavícula. Duele. Se acercan al tractor y vacían la uva en el remolque.

Esas uvas perderán su inocencia en poco tiempo: pasarán de la niñez del mosto a la arrogancia del vino en menos de un año. Una pubertad admirable.

Ahora, para alegría de Lucía, la bruma se despeja. Luce un sol tímido, aún bajo. Su impacto sobre el parabrisas es suficiente para elevar la temperatura del habitáculo un par de grados. Entona el cuerpo de la Grande, hasta este momento incómodo por el frío del alba y las escasas calorías que le ha aportado el muesli.

Sola, al volante, maldice su suerte. Vuelve a tocarle bailar con el más feo, con el tipo de la halitosis. Hace ya cuatro años que tuvo que enfrentarse a lo de Nuria Isabel. Durante este tiempo, la tranquilidad que esperaba al hacerse cargo de la casa cuartel de Calahorra se ha hecho realidad. Una vida estable, monótona. Cíclica: hacer lo mismo todos los días, hacer lo mismo todas las semanas, hacer lo mismo todos los meses. Y cada año, pasar de Navidad a las fiestas de marzo; de fiestas de marzo a Semana Santa; de Semana Santa a fiestas de agosto; de fiestas de agosto a vendimia...

Algo en su abdomen (y no es el desayuno, porque apenas ha desayunado) se retuerce cada vez que divisa el regreso de la auténtica naturaleza de su trabajo. Recuerda el tiempo que pasó en la uco, cuando se desplazaba a todos los rincones de España para resolver crímenes de todo pelaje. Recuerda el tiempo que pasó en el norte, cuando doblar una esquina o subir a un coche sin mirar los bajos era como un salto al vacío. Ella se merece Calahorra, joder.

Pero, al mismo tiempo, la orgullosa agente, la excepcional agente que siempre ha sido, se ofende cada vez que la toman por tonta.